

CANDAU CHACÓN, María Luisa, *La religiosidad en la edad moderna*, Temas de Historia Moderna, Madrid, Editorial Síntesis, 2020, 401 pp. ISBN: 978-84-1357-035-8.

Hay saberes que se aprenden desde la lectura profunda e incansable, se perfilan en la investigación propia y se transmiten al alumnado universitario por lo común en asignaturas especializadas. Y a la vez producen pequeñas joyas para el público en general, eso sí, interesado en la Historia, la buena Historia.

Eso ocurre con esta entrega que nos hace, en cuatrocientas páginas más una extensa bibliografía que puede descargarse aparte por vía telemática, M^a. Luis Candau Chacón. Acostumbrados a su solvencia investigadora con obras que fueron, hace ya casi tres décadas, rompedoras para los estudios sobre el clero —y clero rural—, más allá de las hagiografías y de los clásicos y anodinos datos que consignaban las obras de historia eclesiástica, nos ofrece ahora esta síntesis bien argumentada. Porque lo hace dominando una bibliografía dispar y compleja, que la autora maneja con soltura, capacidad de análisis y postura crítica. En este libro de plena madurez sobre la religiosidad se revela así un trabajo intelectual y docente de muchos años que acierta a brindar a la historiografía modernista una de esas obras, manuales —tan denostados en los baremos de la bibliometría que nos atenaza—, un “manual” en el mejor y más riguroso sentido de la palabra sobre una temática que desde luego algunos profesores, como es mi caso, echábamos en falta y necesitábamos para impartir la docencia especializada en este campo.

Por otro lado, y es la razón de ser de estas monografías editadas por Síntesis que cumplen a la perfección con su nombre, aporta bocanadas de aire fresco no exentas de un sabor enciclopédico, un regalo impagable a quienes nos interesan por vocación y convicción determinados temas de la investigación histórica.

Ciertamente esta no es una obra de historia eclesiástica, aunque sí de materia religiosa. Comenzando por la propia amplitud de su planteamiento: europeo en su conjunto, del cristianismo en su diversidad. Y además estableciendo, no sólo comparaciones, que las tiene este libro y de gran utilidad, sino también relaciones entre las distintas confesiones. De ese modo queda patente cómo la religión cristiana es un elemento definidor de la trayectoria europea. Sus aciertos y sus traumas, que de todo hubo en la época moderna, marcaron la vida de generaciones de personas, con una capilaridad tal —espacios, tiempos, mentalidades— que llegaba a las entretelas de la sociedad, de la cultura, de las conciencias.

No se ocultan, por tanto, las confrontaciones, pero tampoco las connivencias, los deseos de establecer puentes (posturas unionistas, por ejemplo, entre católicos y ortodoxos), toda vez que siempre ha sido un objetivo ideal la reunificación de las iglesias y los credos cristianos. Y, en todo caso, con lucidez explicativa no reñida con el rigor de sus análisis, nos presenta muy al vivo la realidad de la iglesia romana, de las iglesias reformadas y de las orientales, diseccionando sus

diferentes posturas en torno a temas esenciales para el conocimiento de la modernidad, en una senda, no lineal, desde el imperativo medieval de lo trascendente (“religiosidad visible”) obsesionado con la salvación del alma, al escepticismo religioso que empieza a cundir a finales de la época moderna, más interesado en la materialidad de la vida de los seres humanos. De todo ello se desprende el valor de la religión como elemento vertebrador de sociedades, de espacios, de poderes... Así puede predicarse de las monarquías confesionales, que atajan “cualquier atisbo de heterodoxia, fundiendo crítica con traición, fuese entendida contra la Iglesia o el Estado”.

No es sólo un problema histórico de superestructuras, sino que cala en el tejido social, rural y urbano, fraguando formas muy peculiares de espiritualidad que no escapan al análisis sagaz de la autora, en los respectivos capítulos que dedica: a la sacralización de la sociedad —que no es, nos recuerda, una cristianización, sino “la visión de la vida desde una interpretación religiosa”— en la etapa bisagra entre medievo y modernidad; a la confesionalización, con su disciplina —disciplinamiento social, acuñado por la historiografía germana— en el “control de las mentes, las voluntades y los comportamientos”, que desgrana con acierto en los diferentes credos, luterano, zwingliano, calvinista, católico, ortodoxo...; a las formas de instrucción y adoctrinamiento con sus detalles y sutilezas; al control institucional de la religión, que devino en funcional y homogéneo, además de invasivo de las diversas parcelas de la vida (clericalización) para garantizar el “orden social” y “uniformizar ideas”; a la piedad y buenas obras en su expresión barroca, como vehículos para la salvación de las almas; a los grandes debates espirituales que acaban en gran medida siendo recurrentes en torno al valor de la gracia, como el pietismo, los enfoques de la predestinación, las diferentes “disidencias” en Inglaterra, el jansenismo, el molinosismo o el quietismo, sin olvidar el conservadurismo ortodoxo y, en contraste, las distintas propuestas de innovación; al ámbito de las fiestas y los actos religiosos públicos, con toda su espectacularidad y exhibición —de la caridad, la devoción, la fe y el sentimiento, el dogma, la súplica o el desagravio— reglamentados y ordenados (incluso los peregrinajes y romerías, y por supuesto los “triumfales” autos de fe), basándose en que “la práctica comunitaria confería al individuo su identidad”; y, por último, la religiosidad bajo el tamiz de las ideas y medidas ilustradas para su control, desde una imposición arrolladora de los estados sobre las iglesias, con una óptica cada vez menos comunitaria y más individualista, y no pocas contradicciones, interesadamente desencantada con las iglesias oficiales (v. g., el metodismo o el evangelismo), descartando ya reconstruir la antigua cristiandad mientras se iba abriendo paso la contemporaneidad.

La selección de siete textos que sigue a los capítulos es altamente significativa y sin duda de gran utilidad especialmente desde el punto de vista de la docencia, para la que a los frecuentados puntos de vista del catolicismo se unen los de las otras iglesias, en continua interacción entre Oriente y Occidente.

Por las páginas de esta obra se mueven con soltura y amenidad personajes, obras, movimientos asociativos y corrientes doctrinales, conceptos e ideas, tratados con una densidad que no oscurece su comprensión. Y formas de vida, desde el desapego místico a las fórmulas más interesadas de la terrenalidad. Perfila, por tanto, una concepción total del hecho religioso en sus múltiples proyecciones vitales que, sin desechar los aspectos doctrinales y organizativos, la teología, la liturgia, la catequización, la caridad, o las estrategias del poder y su visibilidad, no deja al margen la literatura, el arte o la música, que constituyen una clara expresión de esos procesos históricos. Y en este juego, alterna con maestría lo individual y lo colectivo, con sus interrelaciones mutuas, tan intensas en el terreno de lo religioso. De este modo, y de forma meramente orientativa, al tratar de religiosidad aborda en su conjunto, y diversidad, los cantos y rezos, la lectura de la Biblia, la literatura devocional y la del arte de “buen morir”, la caridad, las buenas obras y las virtudes atribuidas a la mujer, memorias de misas y capellanías, control de la sensualidad y pautas de arrepentimiento, ayunos, culto a María, devociones en torno a Cristo y a la Eucaristía, etc.

Personalmente he de destacar el calado de la religión en la vida cotidiana, lo que evidencia la asunción de ideas, principios, actitudes y conductas, con sus propias peculiaridades, por la sociedad en su conjunto. Desde luego las distintas confesiones demostraron su eficacia a la hora de establecer puentes entre lo humano y lo sobrenatural. Y en esta línea cabe valorar el preciso análisis que hace de la llamada religiosidad popular (con su fuerte carga de mediación, entre humanidad y divinidad, inmanencia y trascendencia, lo tangible y lo inmaterial), que en el sur de Europa acabó arrinconada en el terreno de lo arcaico, incluso lo fútil y obsoleto; huye, por tanto, de la habitual consideración de la religiosidad popular simplemente como lo profano o lo sentimentaloides. Porque el hecho religioso no tuvo dos caras, una oficial y otra popular, y ambas enteramente enfrentadas, sino muchas más, a veces contradictorias, a veces conniventes, pero siempre presentes. A título indicativo, “sin religiosidad —apostilla— no hay confesionalización”. Es hora de enfocar la religión más desde abajo y menos desde arriba y este libro constituye un buen punto de partida.

Por supuesto, estas líneas no son más que una limitada reflexión sobre un libro que trata con profundidad y autoridad tantos y tantos temas, que no sólo no resultan indiferentes al historiador, sino incluso al lector avezado, que en el devenir histórico de los procesos religiosos encontrará valiosas claves para la comprensión del presente, de las vías de afirmación de las propias iglesias en medio de un mundo crecientemente secularizado. Porque nada de esto es nuevo, tiene raíces profundas en la época moderna, en toda su diversidad espacio-temporal, con numerosos indicios que bien pueden apreciarse al pasar las páginas de este libro. Y es que a través de la lectura de esta obra —que recomiendo, bien de una vez o mejor individualizando las distintas temáticas concretas, articuladas en esos ocho capítulos que apenas he insinuado, en función

del interés de cada momento— emerge una realidad tremendamente humana, que no mundana aunque con frecuencia también lo sea, capaz de abarcar todos los campos de la vida de los hombres y mujeres del Antiguo Régimen, como “instrumento de cohesión y de identidad”: “vivir la religión”, en palabras de la misma M^a. Luisa Candau.

Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz